

La ocupación de Iraq ha intensificado el despojo sufrido por su patrimonio desde la imposición de las sanciones por NNUU

Iraq: memoria y expolio

Robo y comercio ilegal de antigüedades, 1991-2003

Desde sus mismos orígenes como nación tras la I Guerra Mundial, Iraq se trazó un marco preciso de cultura y conciencia histórica moderna y laica, que asumía la herencia del pasado milenario del país anclado en los remotos orígenes del mundo sumerio y acadio. Desde un principio se puso especial cuidado en defender el patrimonio histórico y arqueológico, tratando de atajar de una u otra forma el tradicional expolio. Lo que inició la monarquía sería luego ampliado por la república. Por eso, la arqueología como ciencia y el Museo Nacional (Museo de Iraq) como referencia, han disfrutado en la sociedad iraquí de un peso singular, comparable, quizás, al que la pintura del Siglo de Oro y el Museo del Prado representan en la sociedad y la cultura españolas. El saqueo del Museo de Iraq ha sobrevenido como una consecuencia más de una intervención militar ilegal e injusta. Durante doce años, el vaciado de varios museos provinciales, el despojo organizado por las mafias internacionales en miles de yacimientos arqueológicos, y la degradación sistemática de los bienes custodiados en almacenes sin condiciones ni posibilidades de restauración por causa del embargo sobre cualquier tipo de producto químico, ha contado con la connivencia tácita de organismos internacionales llamados justamente a prevenir estos efectos. Durante doce años, publicaciones y esfuerzos diversos han sido soslayados o silenciados. Dejación de responsabilidades, cinismo político y cobardía moral han permitido la inundación del mercado internacional de antigüedades mesopotámicas con piezas de procedencia ilegal, lo cual ha incitado la osadía de los traficantes. Si finalmente no se ha producido la catástrofe que se temía, ello se debe al heroísmo y la valentía de los conservadores y empleados del Museo de Iraq. La probada incapacidad de la justicia internacional, así como la impunidad del tráfico ilegal, hacen de todo punto necesaria una acción pública y profesional de continuada denuncia en defensa del patrimonio de Iraq y de toda la Humanidad.

Joaquín M. Córdoba Zollo

Profesor del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Madrid, director de campañas arqueológicas en la Península Ibérica

EL pasado 11 de abril, las agencias de noticias comenzaron a dar cuenta del saqueo del Museo de Iraq. La agencia EP/AFP decía en uno de sus comunicados que “[...] el Museo Arqueológico de Bagdad, el más importante del país con piezas antiguas de incalculable valor, ha sido una de las primeras y más graves víctimas de los saqueos que se mul-

tiplican por la ciudad desde hace veinticuatro horas. Después de haber logrado forzar la entrada por la parte administrativa del lugar, los ladrones entraron en los depósitos del museo y después en las salas de exposiciones. Cerámica, estatuas de la época asiria, una puerta de madera del palacio del rey Sargón II en Jorsabad del año 720 a.C.¹ [...] y otros objetos

1 Como cualquier conocedor del museo hubo de percibir al instante, el periodista debía de referirse a las puertas de madera de la mezquita de Nabi Jarjis, del siglo XII (IM A677), una de cuyas hojas continúa en paradero desconocido.

de cientos de años de antigüedad correspondientes a la antigua Mesopotamia eran robados, o simplemente rotos en mil pedazos por decenas de ladrones”. Y en otra nota de las mismas agencias se podía leer que “el Museo fue asaltado esta tarde por los saqueadores, según comprobó un enviado especial de *France Press*. [...] Aparentemente, muchas de las piezas ya habían sido desalojadas antes de la guerra. [...] Los asaltantes atacaron, sin que nadie se lo impidiera, algunas salas del museo, cuyas oficinas administrativas fueron totalmente saqueadas. Los atacantes rompieron piezas de cerámica y algunas estatuas y desperdigaron por el suelo cajas de madera vacías”.

Para cualquier persona de buena voluntad debió ser ésta una de las noticias más tristes de los últimos años, pero, además, los especialistas conocedores de la vida del museo y de la zona urbana en la que éste se encuentra, debimos experimentar varios y semejantes sentimientos: desolación, incredulidad y esperanza por un lado —pues conociendo a los conservadores, los avatares sufridos por Iraq en los últimos veinte años, la existencia de depósitos y almacenes protegidos y la realidad de un catálogo de cientos de miles de piezas nos tenía que parecer imposible, incluso en esas circunstancias, un saqueo de tal magnitud— y por otro lado, sentimos también una enorme indignación, pues el manifiesto control militar de la plaza contigua y la visibilidad que desde ella se tiene sobre la avenida paralela a la verja del museo, tendría que haber impedido el saqueo si las fuerzas de ocupación así lo hubieran querido.

En los días sucesivos se inició una dinámica absurda, alimentada en

parte por la acción bien tardía de la UNESCO, que, tras una escandalosa dejación de sus responsabilidades sobre el patrimonio iraquí durante los doce años del embargo, convocó urgentemente una reunión en París el día 17 de abril, sin contar con datos oficiales sobre lo ocurrido en Bagdad o la presencia, siquiera, de un solo conservador o enviado del Museo de Iraq. Un día antes, el miércoles 16, las fuerzas de EEUU presentaron una comisión encabezada por el coronel M. Bogdanos que seis días después empezó la investigación. Los primeros resultados serían dados a conocer con ciertas limitaciones de difusión real (videoconferencia restringida en el Pentágono el 16 de mayo)², pese a su disposición posterior³. En fin, con ocasión del último *Rencontre Assyriologique Internationale* celebrado en Londres en julio de este año, se ha hecho pública la lista de piezas desaparecidas o dañadas en las salas de exposición del Museo de Iraq, a las que hay que añadir —no lo olvidemos— los miles de piezas robadas en los almacenes del museo.

Memoria de Iraq

A la entrada del museo arqueológico saqueado todavía figura un rótulo con su nombre oficial escrito en árabe e inglés. Los visitantes occidentales suelen recordar sólo el segundo —*Iraq Museum*— olvidando que los árabes normalmente conocen el museo y se refieren a él por su verdadero nombre, *al-Mathaf al-Watani* o Museo Nacional. Y esta denominación encierra mejor que nada las intenciones originales de los creadores del edificio y la filosofía que impregnaba su esfuerzo mucho antes

2 Transcripción en *Washington File*, May 27, 2003, 24-30.

3 Véase: <http://usinfo.state.gov>.

de la inauguración oficial del centro, realizada el 9 de noviembre de 1966, siendo entonces presidente de la República Abdel Rahmán Aref. Porque el museo recoge —ha recogido siempre— la herencia cultural de miles de años de historia transcurridos sobre el suelo de Iraq, desde la cueva de Shanidar hasta los ominosos siglos de sumisión al Imperio Otomano. Una herencia asumida y sentida como base de la esencia nacional de los iraquíes.

En junio de 1921 llegaba el monarca hachemí Faysal, hijo de Husein, tras haber aceptado junto con sus hermanos el reparto impuesto por británicos y franceses.

Faysal iba a hacerse cargo de la corona de Iraq, eso sí, bajo supervisión y mandato británico. No confiaba en los ingleses, y éstos le detestaban; pero no tenían otra opción, aunque sospechaban que el joven monarca estaba dispuesto a construir un país independiente y a forzar la salida de los ingleses de una u otra forma. Entre sus compañeros de luchas e ilusiones figuraba un sirio nacido en Yemen, llamado Sati al-Husri, antiguo funcionario de la administración otomana. Proclive a las ideas laicas y abierto a métodos de enseñanza racionales y modernos, al-Husri iba a encargarse de definir las grandes líneas de la educación, uno de los principales objetivos de Faysal y su entorno. Sati al-Husri, pionero intelectual de un nacionalismo árabe moderado, buscó asentar la conciencia nacional de las generaciones que iban a comenzar a asistir a una escuela propia asumiendo la herencia de los siglos, en parte visibles todavía. Así, libros, folletos y evocaciones impondrían desde la escuela primaria una educación alejada del panislamismo y preocupada

Los ocupantes podrán haber impedido los saqueos



por mantener un laicismo moderno que no obviara las raíces del nuevo Iraq. Y así, la nación árabe iraquí se declaraba heredera de acadios y sumerios, asirios y babilonios, árabes preislámicos e islámicos, de la grandeza omeya o abasí, de las tribus beduinas, los campesinos y las ciudades aplastadas por la dominación otomana. Todo aquello había sido el pasado de Iraq y, naturalmente, su memoria y su conservación se mate-

rializó desde un principio en la idea de defender su patrimonio cultural y arqueológico, hasta entonces expoliado sin reservas por las potencias occidentales. Y la arqueología y los monumentos se convirtieron en señas de identidad.

Bajo el mandato británico, los reformistas hubieron de aceptar una ley de reparto sugerida por Gertrude Bell, que lejos de la originalidad que sus panegiristas le atribuyen, se limitaba a recuperar las iniciativas de un antiguo reformista turco llamado Hamdi Bey —antiguo director del Museo de Estambul— normas en su tiempo boicoteadas por los anticuarios de la región, las misiones europeas y la corrupta administración provincial otomana. Aunque insuficientes, la ley aceptada por Faysal aseguraba la salvaguarda de una parte de lo hallado en sitios tales como Ur, en aquellos años comenzada a excavar por Leonhard Woolley. Pero al fin y al cabo, el expolio continuaba. A la muerte de Gertrude Bell, en 1926, Sati al-Husri contaba ya con un edificio en el que se iban depositando tanto las antigüedades rescatadas como las entregadas por las misiones extranjeras en cumplimiento de la ley de reparto. Pero las cosas cambiarían tras el año 1930. Con la independencia de Iraq, el



antiguo ministro de Faysal iba a derogar las leyes inglesas con el objeto de acometer la creación de una Dirección de Antigüedades iraquí y un verdadero museo nacional. Afrontando los avatares que Iraq iba a sufrir tras la muerte de Faysal, el 8 de septiembre de 1933, y hasta la imposición británica de Nuri Said el 2 de mayo de 1941 —que como a otros nacionalistas árabes le obligaría a buscar la salvación en el exilio— Sati al-Husri iría coronando las ilusiones y los objetivos que habían animado su vida: el Departamento de Antigüedades se iría convirtiendo en una entidad sólida, una generación de jóvenes arqueólogos iraquíes comenzaría las primeras excavaciones arqueológicas y la gran parcela que hoy ocupa el museo sería ya señalada y reservada hábilmente como el sitio donde habría de levantarse el soñado museo.

La revolución del 14 de julio de 1958 y la instauración de la República acentuarían los rasgos nacionalistas de la clase política y su ansia de independencia real, sacudiéndose los manejos de las potencias. Éstas, con Gran Bretaña a la cabeza, querían a toda costa mantener su influencia y el control sobre el petróleo. La sucesión de golpes, conjuras y luchas hasta el encumbramiento del Partido Ba'az Árabe Socialista, el 17 de julio de 1968, no impidió que los seguidores de Sati al-Husri siguieran adelante en su empeño de recuperación del pasado y en la edificación del gran Museo Nacional, que empezado a construir en 1957, se inauguraría a fines de 1966. Los catorce años transcurridos entre esa fecha y el comienzo de la guerra con Irán en 1980 son los años de oro de la arque-

En los 70,
los gobiernos
se volcaron en el
Departamento de
Antigüedades

•••••

ología iraquí y de su Museo Nacional. La nacionalización del petróleo en 1972 y el impulso dado al desarrollo general y a la educación media y superior se tradujo en un incremento notable de las clases medias, la capacidad adquisitiva y la extensión de una asombrosa madurez cívica en el tema de los bienes culturales y la defensa del patrimonio. Los sentimientos de unión con el pasado, alimentados por la reforma educativa

de al-Husri se traducirían en un respeto general de la población urbana y rural por la arqueología y los yacimientos arqueológicos. Y las leyes refrendaron una protección que la conciencia cívica asumía. De este modo, cesaron los saqueos y el tráfico de antigüedades mesopotámicas. Los 12.000 yacimientos catalogados en la *Carta Arqueológica de Iraq* —la primera y la mejor de las realizadas en Oriente— comenzaron a ser objeto de investigación por parte de docenas de equipos y miles de empleados de la Dirección de Antigüedades, que contaban con la colaboración consciente y continuada de la población campesina.

Durante los años setenta, los sucesivos gobiernos se volcaron en el Departamento de Antigüedades, dotándolo de medios económicos y humanos que ningún país del área podía siquiera soñar. Una brillante generación de arqueólogos empezó a dar a conocer los resultados de sus excavaciones en la revista científica *Sumer*, y el Museo Nacional se convirtió en el más importante de los centros de conservación existentes en la región gracias a la riqueza y amplitud de sus fondos. El libro / catálogo de F. Basmachi, publicado en 1975, hablaba de más de 100.000 piezas expuestas, a las que hay que

sumar las almacenadas y los otros miles que se han ido añadiendo con el paso de los años. A mediados de los años setenta se emprendieron proyectos globales de intervención y restauración en lugares especialmente significativos, como Asur, Babilonia, Nínive, Hatra, Ctesifonte, Dur Kurigalzu, Ujaidir o Samarra, en los que se levantaron también instalaciones para atraer un turismo nacional e internacional. La construcción de grandes proyectos hidráulicos atrajo la colaboración de los organismos internacionales en campañas de salvamento llevadas a cabo en áreas como la cuenca del Hamrin o Asqi Mosul. A finales de los años setenta, la riqueza patrimonial de Iraq se había multiplicado. Restos pertenecientes a todas las épocas y culturas formaban parte del circuito escolar, científico y turístico; en la mayoría de las capitales de provincia se abrieron museos arqueológicos y bibliotecas; muchos edificios monumentales, palacios, mezquitas e iglesias habían sido restaurados o estaban en vías de serlo, y el sentimiento de interés y estima por el propio pasado era común entre la población iraquí.

Los sueños de Sati al-Husri y sus continuadores eran ya una realidad; pero el 4 de septiembre de 1980 Iraq comenzó su guerra con la República Islámica de Irán. El Museo Nacional se cerró y sus fondos permanecerían embalados; los proyectos de modernización del museo quedarían descartados de momento, mientras científicos y estudiantes se veían movilizados, los trabajos arqueológicos detenidos y la situación económica comenzó a deteriorarse como resultado del esfuerzo de la guerra, los préstamos y la obligada compra de armamento. El fin de la guerra con Irán en 1988 resultó una victoria

pírrica. Y así las cosas, la crisis en el seno de la OPEP, razones internas y compromisos y maniobras en la sombra entre el mismo régimen y EEUU llevarían a tomar la malhadada decisión de invadir Kuwait en agosto de 1990. Comenzó así el camino del desastre al que hoy se ha visto empujado Iraq.

12 años de saqueo

En 1991, a poco de finalizar la llamada Guerra del Golfo, el gobierno iraquí remitió al director general de la UNESCO una carta relativa a las pérdidas sufridas por el patrimonio histórico y cultural como consecuencia de la guerra, los saqueos producidos por los conflictos internos habidos en las semanas inmediatas a la finalización del conflicto y los estragos del recién iniciado embargo. Además de hacer balance de los daños sufridos en todo el país —la destrucción de seis bibliotecas científicas, el robo de antigüedades en al menos un yacimiento único y nueve museos, los daños producidos por los bombardeos en ocho sitios arqueológicos y edificios monumentales, etc.— la carta pedía ayuda internacional para la restauración de monumentos y la recuperación de los bienes culturales robados. Hay que señalar que los organismos internacionales a los que se pidió apoyo se abstuvieron de enviar ningún tipo de comisión investigadora, ni materializar ningún tipo de ayuda, paradójica conducta que fue señalada en escasos medios de información⁴.

Dado el bloqueo informativo y la penuria creciente de medios que Iraq empezó a sufrir, en los medios científicos comprometidos con la investigación histórica y arqueológica en la antigua Mesopotamia se comenzó a



4 Lefevre, A. Ch. y Faton, L. 1991. "Irak. Notre enquête", *Archeologia*, núm. 274, pp.: 10-21.

trabajar en la recopilación de datos sobre los miles de piezas arrebatadas a los museos provinciales iraquíes. La primera publicación a cargo de McG. Gibson y A. McMahon (*Lost Heritage. Antiquities Stolen from Iraq's Regional Museums. Fascicle 1. American Association for Research in Baghdad*, Chicago, 1992, 54 pp.), fue pronto seguida por otro volumen firmado por H. D. Baker, R. J. Matthews y J. N. Postgate (*Lost Heritage. Antiquities Stolen from Iraq's Regional Museums. Fascicle 2. British School of Archaeology in Iraq*, London 1993, 153 pp.). Pero dada la escasa cooperación de la Interpol o la misma UNESCO, los efectos prácticos de tales esfuerzos serían irrelevantes. Al tiempo, el agravamiento de las condiciones económicas y sociales de Iraq, como consecuencia directa del embargo, iba destrozando los resortes del Estado, la vertebración social y los valores morales. En 1994 empezó a dispararse el saqueo clandestino de cientos de yacimientos arqueológicos excavados o sin excavar, además del de recintos en estudio o preparados para la visita, en los que los saqueadores se atrevían incluso a arrancar relieves o fragmentos de esculturas exhibidas *in situ*. La penuria económica encontró una perversa alianza con bandas organizadas de traficantes, que aprovechando la porosidad de las fronteras y la condición de paria internacional que el gobierno iraquí estaba entonces sufriendo, empezaron a canalizar un río de materiales arqueológicos hacia el comercio ilegal de obras de arte. Ahí comenzó la impunidad del crimen organizado y se acentuó la dejación irresponsable de los organismos internacionales llamados a combatirlo.

En ese mismo año 1994, la evidencia de la poca cooperación inter-

nacional en la recuperación del patrimonio robado a los museos animó la organización de una conferencia internacional en Bagdad. Asistieron numerosos científicos en representación de universidades y centros de investigación de todo el mundo, así como los responsables de las misiones arqueológicas en Iraq: no asistieron representantes de la UNESCO ni acudieron tampoco los delegados de Interpol. Los asistentes verificaron la evidencia del expolio cultural, la nula cooperación internacional y el agravamiento de la situación. Las conclusiones finales, que iban a ser entregadas al director General de la UNESCO, y a diversas instituciones internacionales, fueron firmados por todos los presentes. La lectura de estos documentos poco conocidos debería hacernos reflexionar sobre los silencios, las cobardías morales y las censuras encubiertas que durante doce años han estado amparando, tácitamente, el saqueo indiscriminado de uno de los patrimonios más ricos de la Humanidad.

Agravamiento de la situación

En ese y en los años inmediatos, la situación tendió a empeorar. La osadía de los traficantes crecía al tiempo que la indefensión de las autoridades. En 1994, el señor Haddad, guarda de yacimiento de Larsa, fue asesinado por los saqueadores. En el mercado de Londres se detectaron fragmentos de relieves asirios y, en general, miles de tablillas, esculturas, fragmentos de relieves y obras diversas comenzaron a inundar los comercios de los países receptores. Simultáneamente, los esfuerzos de los científicos y centros de investigación —muchas veces, en contra de la voluntad de sus propios gobiernos— continuaron una lucha titánica. En 1996, H. Fuji y K.

Oguchi publicaron un nuevo fascículo con nuevos datos sobre las piezas sustraídas (*Lost Heritage. Antiquities Stolen from Iraq's Regional Museums. Fascicle 3. Institute for Cultural Studies of Ancient Iraq*, Kokushikan University, Tokyo 1996, 43 pp.); el mismo año, el *Centro di Scavi di Torino* constituyó el BRILA (*Bureau for Recovering and Investigating Iraqi Looted Antiquities*), con un fondo de datos disponible en la WEB. Ese año también se celebró en Madrid el *International Court on Crimes against Humanity Committed by the UN Security Council in Iraq*, en la que tras el acta de acusación presentada por Ramsey Clark, ex-fiscal general de EEUU, se recogieron, entre otras, declaraciones de expertos sobre la situación nutricional de la población (P. Lewis Pellet), las condiciones sanitarias (Kh. D. Al-Bakri), los efectos del uso del uranio empobrecido (S-H. Günther) y los daños en el patrimonio cultural y arqueológico (J. M. Córdoba)⁵.

Algo después, con la adopción del programa "Petróleo por alimentos", la situación empezó a mejorar en cierta medida. Igualmente, la reanudación de investigaciones arqueológicas iraquíes y europeas ayudó a proteger zonas antes completamente abiertas al saqueo. Todo esto, aunque importante para la defensa de la riqueza arqueológica y la lucha contra el saqueo, no resultaba decisivo, pues la porosidad de las fronteras, la existencia de áreas fuera del control

gubernamental al norte y al sur del país y la impunidad del comercio ilícito internacional y sus redes permitían la continuidad del expolio. En 1997, en Jorsabad, un grupo de saqueadores decapitó un monumental *lamassu*, troceando la cabeza para permitir su exportación fraudulenta. Ejemplo de esta realidad sería la aparición en 1998 de un libro donde se documenta científicamente el estremecedor destrozo y

La impunidad se acentuó con la dejación de los organismos internacionales



expolio de los relieves conservados *in situ* en el Palacio de Sennacherib de Nineveh, señalando que "[...] today the Sennacherib Palace Site Museum at Nineveh represents a world heritage disaster of the first magnitude"⁶. Y ejemplo en fin de tan desigual lucha

(científicos de todo el mundo sin protección ni respaldo de los organismos llamados a defender la ley y el patrimonio mundial) debemos recordar el intento de asesinar en Bagdad, por cuenta de la mafia internacional del comercio ilegal, al Dr. Donny George Yukhana, conocido portavoz y alma de la lucha legal y científica contra el expolio.

El tráfico internacional de obras de arte y antigüedades arqueológicas es uno de los aspectos del modelo capitalista menos conocido, pero que genera un mayor nivel de ingresos ilícitos, a no demasiada distancia del supuesto por el tráfico de drogas. Pero a diferencia de éste, el tráfico ilegal de antigüedades goza de una permisividad, una manga ancha y una comprensión asombrosas por

5 Córdoba, J. M. 1997. "Consecuencias de las sanciones sobre el patrimonio histórico-cultural de la Humanidad en Iraq", en Varea, C. y Maestro, A. (eds.): *Guerra y sanciones a Iraq. Naciones Unidas y el "Nuevo Orden Mundial"*, Madrid, pp.: 141-148.

6 Russell, J.M. 1998. *The Final Sack of Nineveh. The Discovery, Documentation, and Destruction of King Sennacherib's Throne Room at Nineveh, Iraq*. Yale University Press, New Haven and London, pág. 49.



parte de las sociedades y las autoridades de los países desarrollados. Al fin y al cabo, la mayor parte de estos países son signatarios de tratados y convenciones que llaman testimonialmente a respetar los patrimonios nacionales y a impedir el tráfico ilegal. Pero, al mismo tiempo, son los únicos receptores de los frutos de ese tráfico. Hoy, además, la misma lógica del sistema económico imperante tiende a romper las barreras y los límites al movimiento de *mercancías*, a eliminar los *proteccionismos*, a defender que las cosas estén “donde puedan ser mejor protegidas”, razonamiento que amparaba el expolio sistemático en la época del colonialismo, y que se ha vuelto a escuchar, con un desparpajo y una desvergüenza inaudita, en coloquios y debates radiofónicos y televisados a cargo de supuestos expertos. La Convención de la UNESCO de 1970 preveía que los Estados miembros se comprometerían a obligar a los anticuarios a llevar registros que mencionaran la procedencia de cada bien cultural, el nombre y la dirección del proveedor, etc. Pero muchos de ellos, receptáculos de “mercados del arte”, han tomado el compromiso con notable desgana. En 1983, dos profesores de la Universidad de Sydney, L. V. Prout y P. J. O’Keefe, presentaron en la UNESCO un informe titulado, en su versión española, *Medidas legislativas y reglamentarias internacionales de lucha contra el tráfico ilícito de bienes culturales*. Dicho trabajo, que denotaba un profundo conocimiento de los canales del comercio ilegal, proponía ideas, líneas de trabajo y medidas que si de verdad se hubiesen aplicado al conjunto del comercio internacional durante los pasados doce años, el

El embargo
ha impedido
la importación de
productos para
la restauración

•••••

saqueo de Iraq —y el de otros países, como Afganistán por ejemplo— no se habría producido. En sus páginas llegábamos a comprender bien el papel de los peritos en los países desarrollados, la cooperación de la estructura de comercio de antigüedades y las asociaciones de comerciantes, la evidente falta de intención por parte de países como Suiza, EEUU, Japón, Israel, Gran Bretaña o Alemania de oponerse eficazmente al tráfico ilegal. Un repertorio de pruebas capaces de producir el más legítimo asombro en quienes todavía creen en la universalidad del derecho y los principios de la justicia. Pues bien, ese ámbito opaco e intocable, con sedes bien conocidas y beneficiarios manifiestos, es el responsable del saqueo de los museos y los yacimientos iraquíes.

No hace mucho, en el *BSAI Newsletter*, núm. 7, mayo de 2001, podíamos leer de las peripecias de ciertos bienes culturales robados a Iraq. Se decía allí que cinco fragmentos de relieves que se sabía habían estado expuestos en las salas restauradas del Palacio de Senaquerib en Nínive (Mosul) habían sido ofrecidas a un museo de Jerusalén en el año 1995. Una de estas piezas sería luego encontrada en Londres, en posesión de un tal Mr. Shlomo Moussaieff, que decía haberla comprado de buena fe en Ginebra a un anticuario llamado Nabil Asfar. Para la recuperación de esta pieza sería preciso interponer una demanda civil por la Sección de Intereses del gobierno de Iraq en Gran Bretaña, lo que se haría en 1997. Unos cuatro años más tarde sabríamos que se consiguió un acuerdo por el que el relieve —previo pago al comprador “de buena fe”— podría volver a Iraq.

La misma publicación informaba de la odisea sufrida por un relieve parto, procedente de Hatra, hallado también en el comercio anticuario de Londres por un arqueólogo italiano. Y así, a nada que buceemos en los rincones de la prensa especializada, hallaremos cientos de evidencias de la impunidad del tráfico y la ineficacia y desidia de las autoridades y del constante, manifiesto y escandaloso expolio del patrimonio nacional iraquí. Pero claro, aunque dramático, el tráfico ilegal no es sino una más de las desgracias sufridas por la sociedad civil de Iraq y su historia.

Otro de los efectos ignorados del embargo al que se ha sometido a Iraq durante doce años es la degradación paulatina del patrimonio arqueológico custodiado en los museos. Durante más de una década, el embargo ha impedido la importación de cualquier tipo de producto químico necesario en la restauración, como acetonas, alcoholes, disolventes, resinas, etc. Se trata de un problema también escasamente conocido, a pesar de su referencia en algunas publicaciones⁷, y que ha afectado a cientos de manuscritos y objetos de marfil, metal, vidrio y cerámica, tejidos y tablillas, etc., etc... La responsabilidad es del Consejo de Seguridad de NNUU desde luego; pero no hay que olvidar que como el pasado mes de octubre me aseveraba personalmente un responsable del Museo de Iraq, durante estos doce años la UNESCO no ha remitido a Iraq ni una sola comisión indagatoria para conocer los problemas y necesidades del patrimonio cultural iraquí.

Así pues, cuando en otoño del año 2002 empezó a hablarse de la posibi-

lidad de una nueva guerra contra Iraq, la situación del patrimonio histórico-cultural iraquí seguía siendo dramática. Los miles de piezas catalogadas y robadas en los museos provinciales en 1991 no habían sido recuperadas; las decenas de millares de piezas expoliadas en yacimientos arqueológicos saturaban el comercio ilegal en Suiza, EEUU, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Israel, Japón y otros países; materiales decomisados por el Servicio Aduanero estadounidense, en lugar de ser devueltos al país de origen como fruto de una ilegal exportación, habían sido depositados en los museos de Nueva York; los pocos casos presentados ante los tribunales de justicia se eternizaban en procedimientos largos y costosos; y los bienes de los museos iraquíes seguían sufriendo una lenta degradación.

Objetivos del asalto de 2003

La opinión pública internacional apenas si ha conocido de todos estos hechos más que breves e inconexos retazos. Durante doce años, una verdadera conjura de silencio, una auténtica autocensura ha cerrado la boca de los más prestigiosos medios de información, convirtiéndose así en cómplices de un verdadero crimen contra el patrimonio de la Humanidad. Y los reportajes bien intencionados, como el publicado el año 2001 en la revista *Science*⁸, se han perdido en la ruidosa actualidad del mundo de la masiva información cuidadosamente desinformada. En este panorama de cobardía política e informativa, la lasitud moral y la dejación de responsabilidades de las



7 Farchakh, J. "Irak. 10 ans d'archéologie sous embargo", *Archeologia*, núm. 374, pp.: 22-41.

8 Lawler, A. 2001. "Destruction in Mesopotamia", "Iraq Opening Sets Off Scramble for Sites", "New Digs Draw Applause and Concern" y "Banished Assyrian Gold to Reemerge from Vault", *Science*, vol. 293, núm. 5527, 6 Julio, pp.: 32-35; 36-38; 38-41 y 42-43, respectivamente.

instituciones internacionales han envalentonado a los beneficiarios del tráfico internacional de antigüedades, impunes durante doce años, lo que explica en parte la audacia arrogante del asalto al Museo de Iraq, organizado en abril de 2003.

La actitud gratuitamente sensacionalista de una parte de la prensa, el recurso al análisis de expertos que, en general, nada sabían de Iraq y su realidad cultural, social y política, o la precipitada actuación de la UNESCO —acaso por su mala conciencia— han perjudicado notablemente el cabal conocimiento del desastre sufrido por el patrimonio iraquí, que ni se circunscribe al Museo de Iraq ni se limita a los efectos de esta última guerra. Gracias a

la valiente gestión personal de John Curtis (conservador del Museo Británico), Donny George, director del Departamento de Investigación de la *State Board of Antiquities of Iraq*, pudo hacer público en Londres una primera estimación real de los robos y daños infligidos a las piezas que no habían sido evacuadas⁹. En dicha intervención, el Dr. Donny Georges señaló con perfecto conocimiento de causa que entre los grupos de saqueadores, además de los habituales ladrones que aprovechan cualquier tipo de conflicto, actuaron también equipos organizados que sin duda tenían objetivos precisos y habían sido aleccionados por la mafia internacional del tráfico ilegal. Sabían que era preciso destruir los archivos y la documentación de las piezas que iban a robar (miles de ellas práctica-

mente desconocidas salvo por esas fichas del archivo), con el fin de imposibilitar la posterior persecución del robo. En las semanas siguientes a la conferencia de Londres, y como consecuencia de la investigación oficial emprendida por las autoridades militares estadounidenses, se dejaría de disponer de información precisa hasta la publicación antes citada del Informe Bogdanos.

La degradación y despojo del patrimonio de la Humanidad en Iraq son crímenes



Las autoridades de ocupación pusieron al frente de una comisión de 14 miembros militares al coronel Bogdanos, que comenzó su investigación en el museo el 22 de abril y rindió cuentas el 16 de mayo pasado¹⁰. Por ella sabemos que los conservadores del museo estuvieron allí hasta el 8 de abril,

cuando los combates por Bagdad se hicieron más encamizados: entre ese día y el 12, en el que empezó a volver el personal, los saqueadores actuaron impunemente —y aunque el informe no lo dice— a la vista de las tropas de EEUU que ocupaban la inmediata plaza del Museo. El informe confirmaba que las bóvedas del Banco Central, donde según dijeron los conservadores, estaban custodiados los ajuares de las tumbas de las reinas asirias desde el año 1990, se habían salvado del saqueo. Se informaba de la existencia de almacenes protegidos en un lugar secreto adonde se habían evacuado una gran cantidad de las piezas expuestas. Se daba cuenta también de la devolución de unas 915 piezas robadas en los primeros días y finalmente se cuantificaban los efectos del asalto.

⁹ Información firmada por el periodista Guillermo Altares y publicada en el diario *El País*, 30 de abril de 2003.

¹⁰ "Transcript: U.S. team gains ground in recovering missing Iraqi artifacts", *EUR508*, 05/23/03, *Washington File*, 27 de mayo de 2003, pp.: 24-30.

Desde entonces y hasta hoy apenas si se han producido cambios notables en la situación. Los informes presentados con ocasión del último RAI celebrado en Londres el pasado mes de julio no han sido sino la repetición del primer comunicado, aunque se ha aprovechado para dar difusión a una lista precisa de obras robadas. Pero las primeras informaciones abiertas al gran público (como un artículo publicado en el *The New York Times* de 10 de septiembre de este año) tienden a simplificar lo sucedido, poniendo en evidencia las exageraciones iniciales y, naturalmente, trivializando la desgracia y magnificando la actuación de la comisión. En una nueva información se dice que el gobierno de EEUU, en colaboración con arqueólogos y especialistas de museos de EEUU, Gran Bretaña e Italia han recuperado en torno a 3.500 piezas que habían sido robadas al museo. En éste último informe dado a la prensa el 10 de septiembre en el Pentágono, con un nuevo inventario de los materiales desaparecidos, conocemos con mayor claridad que del almacén del sótano habían sido robadas unas 10.337 piezas, unas 3.138 de los almacenes de la primera y segunda planta y en torno a 40 en las salas de exposición y restauración. Restando las recobradas en los últimos meses, Bogdanos estima que de momento se pueden cuantificar en algo más de 10.000 las piezas todavía desaparecidas como fruto del saqueo¹¹, sin olvidar las 30 especialmente señaladas, entre las que cabe señalar la más que famosa “Dama de Warka” y la “Estatua Acadia de Bassetki”. Pero centrada la atención en el Museo de Iraq y la

investigación allí desarrollada, se ha omitido conscientemente cualquier examen de las condiciones que ahora mismo están sufriendo los miles de yacimientos arqueológicos iraquíes, otra vez víctimas del saqueo indiscriminado y continuo: y tampoco se ha dado informe alguno sobre los nuevos asaltos habidos en varios museos provinciales. Y por supuesto, nadie repara en que la situación de degradación y despojo del patrimonio de la Humanidad en Iraq permanece en estado crítico y en indefensión desde hace ya más de una década, ni que el comercio ilegal de antigüedades mesopotámicas prosigue pujante e impune. Y se ignora porque todo esto conforma, en realidad, el verdadero asalto contra el Museo de Iraq y el patrimonio cultural de la Humanidad, mucho más importante y mucho más escandaloso que el doloroso ataque sufrido por el museo entre el 8 y 12 de abril de 2003.

Los sectores interesados en minimizar el sufrimiento del pueblo iraquí y los perniciosos efectos de las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad sobre la población civil y el patrimonio cultural durante los pasados 12 años, señalan alegremente los errores de la prensa sensacionalista para deslegitimar la denuncia de los abusos cometidos. Como científicos comprometidos con la historia y la memoria de la Humanidad, debemos continuar supliendo con nuestra serena denuncia y nuestra actividad profesional, la culposa inoperancia de los organismos internacionales. No debemos dejar en manos de gobiernos indignos y organismos internacionales deslegitimados la defensa de la historia y la memoria de la Humanidad. ■



11 “Transcript: Thousands of missing artifacts from Iraqi Museum recovered” (Chief U.S. military investigator briefs on recovery efforts, Sept. 10) (8460). En *Washington File*, 11 de septiembre de 2003, pp.: 5-14.